

LOS GIGANTES CAEN

Había una gran algarabía en el pueblo de Israel. Aquel gigante que tanto asolaba y vituperaba al ejército de Jehová había caído. ¿Qué Saúl lo mató? No, no fue Saúl. El dulce cantor de Israel, aquel pastorcito de ovejas, a quién nadie había tomado en cuenta, fue el héroe.

David solo tenía unos pocos años, cuando comenzó la guerra con los filisteos. Nada sabía él de pelear, pero sí sabía de pastorear ovejas, y las defendía con todas sus fuerzas, cuando el oso o el lobo las quería matar. Esa era su única experiencia bélica.

Ese día al comenzar la tarde, David fue enviado por su padre a saber de sus hermanos que estaban en el campo de batalla. Se percata el joven que algo estaba sucediendo, algo que tenía trastornado a todo el ejército que comandaba el rey Saúl. ¿Qué sucede?, preguntó David. Aún no le habían explicado bien lo que pasaba, cuando aquel gigante llamado Goliat salió desafiando crudamente al ejército. Saúl y sus hombres temblaban ante aquella gigantesca amenaza. Sin embargo a David, un joven normal y corriente de aquellos tiempos, no tuvo miedo. En medio de la algarabía del pueblo y los gritos del gigante, David preguntó cual sería la recompensa a quién derrotara a la bestia. Los hombres de Saúl le informaron. Los hermanos de David se sintieron avergonzados y molestos por la voluntariedad de su pequeño y joven hermanito, cuidador de ovejas.

La alegría llegó al ejército, alguien estaba dispuesto a luchar contra el gigante. ¿Le importaría al pueblo si David moría? Tal vez no tuvieron en cuenta este hecho, solo querían deshacerse de aquel gigante, que los amenazaba y les decía que si él vencía la pelea, el pueblo se convertiría en esclavo de los filisteos.

Querían ponerle a David, la armadura de Saúl.

Yo no quiero esto, dijo David. No puedo caminar con ella puesta.
¡Pero, David!, le dijo alguien, es necesario que la lleves.

Aún así el joven pastorcito de ovejas, no aceptó llevar la armadura de Saúl, para combatir al gigante. Tomó su cayado en su mano, y escogió cinco piedras lisas del arroyo, y las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía, y tomó su honda en su mano, y se fue hacia el filisteo.

David miraba a aquel inmenso hombre que se le acercaba. Tal vez otro hubiera salido corriendo. Al verlo de cerca hubiera dicho en alta voz, ¿por qué me metí en este lío? Sin embargo el joven David, con suma decisión y cautela, siguió avanzando hacia el feroz hombre.

El filisteo continuó su marcha hacia donde estaba David. Comenzó a vociferar y a insultar al joven, maldiciéndolo por sus dioses. Se jactó delante del joven de que lo iba

a destruir. Sin embargo, lo que aquel gigante no sabía, es que David no iba solo, un PODEROSO GIGANTE iba delante de él. David se paró firme delante del inmenso hombre y dijo al filisteo: *“Tú vienes a mi con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza, y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel.”*

Aquellas palabras le cayeron a aquel gigante como témpanos de hielo. Se molestó y comenzó a caminar para encontrarse con David. Pero David no le dio tiempo para que reaccionara. Inmediatamente corrió a la línea de batalla contra el filisteo. Metió su mano en la bolsa, tomó una de las piedrecillas, la puso en la honda, la tiró, y la piedrecilla fue directamente a la frente del gigantesco hombre echándole en tierra. Se acabó la ansiedad del pueblo. Antes que nada más ocurriera, David fue hasta donde había caído el gigante, acabó de matarlo y le cortó la cabeza. Esto dio resultado que el ejército de los filisteos se retirarán del campo de batalla.

El pueblo de Israel hizo gran algarabía por la victoria obtenida. Todos estaban felices. Saúl hizo amistad con David. Jonatán el hijo de Saúl se convirtió en el mejor amigo para David. Al regresar a la ciudad las mujeres salieron a las calles y cantaban y danzaban, diciendo: *“Saúl hirió a sus miles y David a sus diez miles.”* Esta atribución le trajo grandes dificultades al dulce cantor de Israel. Sin embargo, nunca dejó de amar a Dios y el poder de Dios nunca se apartó de él.

Durante toda la vida de David, hubo guerra en el pueblo o contra el pueblo de Israel. Las victorias del joven rey, fueron abrumadoras.

Al paso de los años su físico ya no era el mismo. Años más tarde volvieron los filisteos a hacer la guerra a Israel. David y su ejército fueron a la guerra. Allí estaba Isbi-benob, uno de los descendientes de los gigantes. Como David estaba cansado por la pelea, este gigante se aprovechó y trató de matar a David. Pero, que bueno es tener verdaderos amigos y fieles ayudantes. Allí llegó Abisai. David yacía en el suelo, casi sin poder levantarse. El gigante tiraba estocadas con su lanza tratando de acertar el golpe mortal al rey de Israel. Abisai tomó su lanza e hirió al gigante, quién cayó a tierra muerto. Los seguidores de David decidieron que debía apartarse del campo de batalla, para que no se apague la lámpara de Israel, le dijeron.

Luego de esta guerra hubo otra, en la cual también hubieron gigantes. La guerra se declaró en Gob. Israel peleó fuertemente contra los filisteos. Allí estaba un gigante de nombre Goliat geteo, quién fue muerto por manos de Elhanán, hijo de Jaare-oregim de Belén. Después de esta guerra hubo otra en Gat. Allí había un hombre de gran estatura, también descendiente de los gigantes. Jonatán, sobrino de David, tuvo el valor de enfrentarlo y matarlo. Los cuatro gigantes eran descendientes de los gigantes en Gat. Tanto estos cuatro, como el primer Goliat cayeron por mano de David y por mano de sus siervos.

El pueblo de Israel había entrado en un periodo de paz que se prolongó hasta los días de Salomón.

Aunque David y sus valientes, mataron a aquellos hombres con armas carnales, podemos leer en la Biblia, que para cada batalla David pedía dirección a Dios. Así él sabía que estrategia utilizar en cada situación. Aun cuando se cansó en medio de la batalla, si Jehová no hubiera estado del lado de David y el pueblo de Israel, allí hubiera quedado todo, cuando aquel gigante casi lo mata. Dios tenía promesas para David y para su pueblo. Promesas que aún perduran.

La confianza que David tenía en Dios, era lo que le ayudaba en sus batallas. David sabía que Dios cumple, y cuando envía a alguien, cuando unge a alguien con un propósito, lo respaldará hasta el final. Así lo vivió él.

En nuestros tiempos tenemos grandes batallas con gigantes invisibles. Son todas aquellas cosas que antepone a la voluntad de Dios. Es todo aquello que se interpone a nuestro paso para que perdamos la perspectiva de lo que Dios tiene destinado para cada uno de nosotros.

Dios tenía un sueño para con David, hacerlo rey de Israel. Hacerlo victorioso en la guerra contra los filisteos, pueblo enemigo de Israel. Así mismo Dios tiene un sueño con cada uno de nosotros. El reparte dones y ministerios, reparte bendiciones que sobreabundan. El sueño de Dios, es que cada uno de nosotros sea victorioso en esta vida, y al final alcancemos la vida eterna.

Aunque el gigante se levante contra nosotros, aunque se traspasen los montes a la mar debemos estar confiados en el poder de Dios sobre nosotros. Cinco fueron los gigantes que pelearon en las guerras de David. Los cinco cayeron muertos. Solo un gigante estaba de parte del pueblo de Israel, todavía vive y vivirá para siempre.

El Señor ha prometido que nos dará la fuerza que necesitamos para pelear nuestras batallas. Él las pelea por nosotros. En Isaías 42:13 dice *“Jehová saldrá como gigante, y como hombre de guerra despertará celo; gritará, voceará, se esforzará sobre sus enemigos.”* Jeremías 20:11 nos dice *“Más Jehová está conmigo como poderoso gigante; por tanto, los que me persiguen tropezarán, y no prevalecerán; serán avergonzados en gran manera, porque no prosperarán, tendrán perpetua confusión que jamás será olvidada.”*

Es tiempo de sentarnos a buscar en nuestro interior cuales son los gigantes que están impidiendo que nos acerquemos más a Dios. Debemos quitar el calzado de nuestro pie, y acercarnos confiadamente al trono de la gracia, para hallar allí el oportuno socorro. A veces ese gigante no es la gran cosa, pero a nuestro parecer es inmenso. Por eso el Señor Jesús nos dice que debemos “buscar el reino de Dios y su justicia”. El Señor es el que nos dará la fuerza para derrotar a cualquiera que sea el gigante que este parado frente a nosotros para impedir nuestro paso.

Como cristianos tenemos la certeza de que el poder de Dios está de nuestro lado, pero no somos invulnerables a los ataques del maligno. Por eso Pablo nos dice en Efesios 6:10

“Sed fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza. Revestios con toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra los astutos planes del diablo. Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los poderes mundiales de estas tinieblas, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiéndolo hecho todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad, y revestios con la coraza de justicia, y calzados los pies con la preparación del evangelio de la paz; y en todo, tomando el escudo de la fe con el que podréis apagar todos los encendidos dardos del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Con toda oración y súplica orad siempre en el Espíritu, y así, velad con toda perseverancia y suplica por todos los santos; y orad por mí, para que me sea dada palabra al abrir la boca, a fin de dar a conocer sin temor el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que al proclamarlo hable con desnudo, como debo hablar.”

Pablo tuvo que pelear con muchos gigantes, pero pudo vencer en el nombre de Jesús. Nosotros también podemos vencer, a pesar de las circunstancias si ponemos nuestra mirada en las cosas celestiales y no en las que perecen. Por eso Pablo nos dice que tenemos que revestirnos de la armadura de Dios. Que tenemos que fortalecernos en el amor de Cristo. Que tenemos que confiar en Aquel que se dio a si mismo por nosotros, y *“es poderoso para guardar nuestro depósito hasta aquel día.”* Ese es el día en que Cristo venga a buscar a su pueblo y llevarnos a las moradas celestiales, donde seremos guardados para siempre de los gigantes de este mundo.

Amado pon tu confianza en el Señor: Digo como Pablo: *“No que lo haya alcanzado, pero prosigo a la meta...”* ¿Quieres caminar junto conmigo hacia el cielo eterno? ¿Quieres disfrutar junto conmigo de las delicias celestiales que nos tiene preparadas nuestro Padre Amado? Solo una cosa tienes que hacer. Aférrate al manto de Cristo, y no dejes que Goliat y sus parientes gigantescos te aparten del amor de Dios.

Por otro lado, si aún no le has rendido tu corazón a Cristo, déjame decirte primeramente, que no podrás vencer a los gigantes. Tal vez tu gigante sea el cáncer, tal vez el Sida, tal vez el abandono de tu esposa o de tu esposo, tal vez sea un hijo en las drogas o una hija en la prostitución. Quizás tu gigante sea un problema en el trabajo, o con un vecino, o con la justicia. Tu gigante puede ser financiero, pero el gigante que te puede matar, es la falta de Cristo en tu corazón. Se llama pecado, soledad, amargura, dolor, celos, iras, contiendas, adulterio, fornicación, hechicería, lascivias, inmoralidad, borracheras. El gigante espiritual tiene muchos nombres. Sin embargo para nuestro PODEROSO GIGANTE, no hay barrera alguna para eliminarlo de tu vida.

Acércate a Dios, y El se acercará a ti. Jesús te ama tal y como eres, tal y como estas, El solo quiere cambiar tu vida. Librarte del gigante maligno, que es el mismo diablo, quién vino a matar robar y destruir. Cristo vino a dar vida en abundancia.

Como Abisai salvo la vida de David, en aquel momento en que estaba agotado por las guerras, así Jesús salvará tu vida, que estás agotado por los problemas y situaciones de la vida. Abisai no llegó tarde, llegó a tiempo para salvar a su rey. Nuestro Jesús llega a tiempo para salvar a su amada creación. El está pendiente de todos los gigantes que nos atacan para hacerle el frente. ¿Quieres su ayuda? El te dice: *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”* Apocalipsis 3:20-22

DIOS TE BENDIGA

Ministerio Evangelístico Musical Palabra de Reconciliación, Inc.

Por: Millie Vázquez

DESDE PUERTO RICO CON AMOR